
Cervantes y la libertad o la crítica creadora de Luis Rosales (*)

Introducción

Cada época, o cada generación, hace su lectura —su vividura en una dirección hispánica más honda— del *Quijote*. El que lee adopta ante la obra literaria una actitud pasiva. El que vive la lectura la recrea y actualiza la intención, remota, del autor. Los libros que no pueden recrearse están muertos. Sólo recobran su andadura superficial, ortopédica con ocasión de las ediciones críticas, los centenarios y las celebraciones.

La ambigüedad hace del *Quijote*, una novela clásica, novela de novelas, una obra moderna. La ambigüedad permite la multiplicidad, de lecturas libres, de interpretaciones todas válidas, pues cada uno lee o vive la novela como quiere. Así el *Quijote* aparece en el tiempo como una obra plena, como lo que Umberto Eco llama metáfora epistemológica, que resume: «Es decir, en cada siglo el modo de estructurar las formas del arte refleja —a guisa de semejanza, de metaforización, de apunte de resolución del concepto en figura— el modo cómo la ciencia o, sin más, la cultura de la época ven la realidad»¹. Son visiones o resúmenes de época la *Divina Comedia*, la *Celestina*, el *Quijote*, el *Fausto*, *Madame Bovary*, las *Flores del Mal* o el *Ulises*. La epistemología indica un método de conocimiento, unívoco en la ciencia, pero cambiante, perfectible, revisable. Mientras que el conocimiento poético es equívoco, de múltiples interpretaciones que aprehende la realidad de manera más profunda, sin riesgos de equivocaciones. Cuando la palabra se convierte en metáfora pierde su semasia propia para ser imagen múltiple, posibilidad creadora.

El *Quijote*, ya en su tiempo, aparecía como una obra compleja, ambigua. Era una novela de caballerías, a la vez su parodia y muerte. Era una novela de novelas, y al mismo tiempo, una teoría sobre el arte de narrar, de conocer, que se adelantaba siglos a muchas de las preocupaciones estéticas de ahora mismo. Don Quijote o Sancho eran figuras en la historia supuesta de un tal Cide Hamete Benengeli, que un novelista ingenioso llamado Cervantes, convertía en personajes de invención. Lo más asombroso es que estos personajes, vueltos a recrear en la segunda parte de la novela, se convertían en personas que buscan su identidad, que no es otra, que la de hombres de carne y hueso (en expresión tan cara a Unamuno).

La condición de obra abierta del *Quijote* permite al lector acercarse a ella, interpretarla, recrearla. Dice Umberto Eco: «La poética del *asombro*, del *ingenio*, de la *metáfora*,

* LUIS ROSALES: *Cervantes y la libertad*, dos volúmenes. Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1985.

¹ UMBERTO ECO: *Opera aperta*, traducción de Ariel, Barcelona, 1979.

tiende en el fondo, más allá de su apariencia bizantina, a establecer esta tarea inventora del hombre nuevo que ve en la obra de arte no un objeto fundado en relaciones evidentes para gozarlo como hermoso, sino un misterio a investigar, una tarea a perseguir, un estímulo a la vivacidad de la imaginación».

El libro de Luis Rosales *Cervantes y la Libertad*, tan profundo como extenso, nace del amor de un lector de fondo, que ha llegado a conocer plenamente la obra cervantina; de la curiosidad intelectual de un crítico exigente y de la recreación del autor que actualiza la novela. El ensayo verdadero, y éste lo es, ensaya, ensancha, un camino real de interpretación. Permanece perplejo ante los montones de datos, de los sublimes hallazgos, costumbres de cierta crítica erudita —sobre la que tantas veces se referirá con ironía Rosales— es dar vuelta de noria sobre los mismos tópicos, errar el camino. No se puede hacer una buena crítica de un libro, si esa crítica no está de algún modo al nivel del libro reseñado. Por eso la llamada crítica «científica» es obsoleta. No es suficiente saberse una obra directamente o en refritos de historia literaria. Es necesario sentirla, revivirla. Es la tarea paciente, pero enamorada, que emprende Luis Rosales al escribir su libro. Es fruto de una tarea de años², en una época donde tanto abunda el prologuillo, o el opúsculo, para adquirir fama universitaria, o pregonar «intelligent-sia», en el pobre cotarro intelectual. El libro ocupa dos densos volúmenes, que redondean más de mil páginas entre ambos, con profusión de notas al final de cada capítulo (lamentamos que no estén a pie de página) que muestran el soporte crítico y erudito de la obra.

Se ha escrito tanto sobre Cervantes y el *Quijote* que todo nuevo libro aparece ocioso. El investigador de datos no puede por menos que sentirse abrumado. Ya está dicho todo en todas las lenguas de cultura. Algunos geniecillos profesoriales se acercan al genio, investigando minucias, pecadillos de juventud o chocheos de vejez y descubren las supuestas señas de identidad, determinantes según ellos, de tal o cual obra. (¿Merece la pena?).

Luis Rosales ha escrito un libro de reflexión, de crítica, de teoría literaria, un ensayo creador, bajo el cual subyacen la lectura atenta, las raíces literarias de su ser poético, y un soporte intelectual, abrumador en citas y conocimientos. Sí, es un libro de poeta, porque Luis Rosales lo es, pero también de filósofo, y profesor de cátedra abierta. Un libro de crítica sentida, creadora, en la línea de Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego o Luis Cernuda, donde la emoción poética se aúna al saber. Así nace el ensayo conocedor, interpretativo, que ahonda en el sentir de los autores criticados y los recrea.

Cervantes y la libertad, es un libro de crítica literaria, cervantina, pero también un ensayo, de filosofía sobre la libertad. Una obra que recoge el saber sobre el tema (veánse las numerosas notas que responden a múltiples y detenidas lecturas) y un estilo de explicar, inductivo (intuitivo), de explayar (deductivo) que supone un sistema de crítica. A ello se une la evocación interpretativa de pasajes del *Quijote* y de otras obras de Cervantes y la noticia de la propia experiencia personal; la vividura literaria y exis-

² El libro fue escrito en el transcurso de una larga pasión de doce años por el mundo cervantino.

tencial del crítico que a la vez que lector de una obra que retrotrae de una época lejana, la actualiza con su biografía, en la búsqueda cotidiana de la libertad.

La libertad es un bien escaso en el mundo, antes y ahora. La libertad interior y la exterior. No se nos da gratuitamente. Debemos conquistarla, exigirla. De otro modo la vida social no es más que opresión, y la experiencia personal, alienación.

Historia, ficción y realidad

Con Petrarca nace el Renacimiento, como imitación y lectura de los clásicos. Con Cervantes el Renacimiento se actualiza como creación personal, como libertad frente a la imitación. Cervantes entiende la literatura como vida, antes que como cultura, lo cual hace de él un escritor moderno. Sus héroes no son retóricos, repetidores de clichés establecidos, sino vitalistas. Cervantes es considerado como el fundador de la novela moderna porque por primera vez crea unos personajes que trascienden la literatura, para andar su propia vida, que merece ser novelada. Esto se ve con claridad en la segunda parte del *Quijote* —o el *Quijote* de 1615 como le gusta decir a Rosales— cuando el ingenioso o ingenuo Hidalgo «lee» su propia novela, que es la historia de su vida.

Luis Rosales insiste en el vitalismo de los personajes cervantinos. Los personajes reales viven (tantas veces sin darse cuenta) su propia historia. Don Quijote y Sancho viven también su leyenda, tributo de los héroes; pero no por ello se des-realizan, sino que se hacen mucho más humanos. Don Quijote, en la primera parte de la novela —y Rosales ahonda en el estudio de su psicología— se muestra inmaduro, como un adolescente, apenado, incomprendido. Confunde sus propios sueños con la realidad. Vive y padece la ilusión. No se olvide que el caballero andante es un iluso, como el poeta³. Había en él un alma contemplativa y enamorada de trovador —tan pastoril en Don Quijote— unida a la voluntad de la aventura. Como el adolescente —o el neurótico— Don Quijote pasaba de la melancolía a la acción. Su amor es un penar esperanzado. Sus hazañas siempre le dejan la frustración de lo inalcanzable o la desilusión de la «gloria» arrebatada por los magos envidiosos, enemigos. En sus aventuras, Don Quijote nunca es él. Está siendo sufriente, pero siempre esperanzado. Se desvive —como tantos españoles, héroes o antihéroes— pero no vive. Le posee una pasión inútil como sus sueños alucinados, o sus empresas descabelladas. Escamotea la realidad, en la que se configura su existencia, para vivir «otra» realidad, soñada. Desvivirse, proyectar la vida fuera de sí, es locura. También amor. Don Quijote y Sancho se salen de sus vidas cotidianas: de Hidalgo con algunos bienes —los había tan pobres que ya sólo eran hijos de nada o de su nombre, su escudo— y de labriego, para representar unos papeles, paródicos, de caballero y escudero. (*Orlando furioso*, más que un poema épico es una representación paródica). Pero estos personajes burlescos, risibles, de la primera parte, donde tantos lectores se paran, se convierten luego en personas de carne y hueso. Ro-

³ Véase el prólogo que Dámaso Alonso escribe a *Rimas*, de Luis Rosales en la edición *Rimas y La casa encendida*, Espasa Calpe, Madrid, 1979.